

LA NOVELA
CORTA

Royes
1923

20 cts.

LA QUE SE CASÓ
MUY NIÑA

LOMBINE

N.º 384
Año VIII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 14
Abril 1923

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO 1-624

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

EL

FOLLETO

Revista semanal literaria, lujosamente editada, cubierta
en papel cachet a cuatro colores profusamente ilustrada.

HA PUBLICADO

AYER VIERNES

TIEMPOS DIFÍCILES

DE

CARLOS DICKENS

132 PÁGINAS

CUARTO CENTIMO

121116
110

LA QUE SE CASÓ MUY NIÑA



for
Carmen de Burgos [©] Colombine[®]

R-4681-A

(ILUSTRACIONES DE BRADLEY)



De pie ante el espejo, Clarisa daba la última mirada a su vestido antes de que lo ocultara la capa de pieles que la doncella iba a dejar caer sobre sus hombros.

Le sentaba bien aquel color amaranto, porque aunque tenía los cabellos de un castaño muy oscuro y la piel del tono ardiente de las morenas—blancas, sus ojos eran verde-mar y rimaban con los tonos que parecen privativos de las rubias.

Menudita y frágil para aspirar a que la llamasen hermosa por su arrogancia, era reputada como una preciosidad. Tenía una gracia y un encanto infantiles; las facciones perfectas, purísimas, esa mirada serena de las mujeres muy jóvenes o que han pasado por el mundo sin conocer la voluptuosidad.

Apenas se había envuelto en el abrigo, que ocultaba los hombros desnudos y la espalda al aire, hasta el comienzo de los riñones, apareció en la estancia un hombre alto, fuerte, de grandes bigotes negros, ojos grandes y expresión dura.

—Decididamente te empeñas en ir a ese baile?—le dijo con voz de cólera mal contenida.

—Ya te lo he dicho—repuso ella aparentando tranquilidad.

—Sabes que a mí no me agrada.

—Haces mal.

—Pero tú no comprendes que tú no debes tomar parte en cierta clase de diversiones. No te das cuenta de tu estado.

—Tengo veinticuatro años y quiero divertirme.
—No digo que seas vieja pero tienes cinco hijos.
—No lo olvido.

—Y nadie se da cuenta—siguió él—de los pocos años de una madre, nuestro medio social no consiente las libertades de la aristocracia. Me pones en ridículo...

—Todo el mundo danza y yo quiero danzar—repuso ella como si todas las demás razones resbalasen sobre su espíritu sin rozarlo.

—¿Y si yo no te dejase salir?—exclamó él exasperado.

—¡Tendrías que matarme!—repuso con un gesto de niña terca, y añadió con mimo—: Pero tú querrás complacer a tu mujercita.

El sintió su encanto y se dispuso a transigir.

—¡Eres una chiquilla!

Clarisa esquivó la caricia de su marido como si temiese que estropease el blanco y el rojo de su rostro

—Me visto en un momento—dijo él.

—Voy a ver los niños mientras.

Salió ligera, cogiéndose la cola de serpiente, y entró en la estancia, de grandes ventanales, donde estaban cuatro camas de hierro, con barandas, cubiertas por colchas blancas, que tenía algo de habitación de sanatorio.

Allí estaba el ama seca que tenía en brazos a Adolfo, el más pequeñín, dándole su biberón.

No podría nadie suponer que aquella jovencita fuese la madre de las cinco criaturas. Bebé, la mayor, con sus diez años era una mujercita precoz. Llegaba a los pies de la cama, y entre los abundantes cabellos desparramados por la almohada, mostraba un rostro semejante al de la madre, de la que parecía una hermanita menor.

Cerca de ella dormía Mimí, de tres años; era la penúltima de los hermanos, rubia como el oro, y distinta de todos los demás.

Los otros dos niños dormían también. Juanito, el mayor, era un hombrecito de ocho años y Paquito tenía cinco.

La joven se inclinaba como si fuese a besarlos. Unos no sentían su aliento y otros se rehuyeron sin darse cuenta.

Bebé, que no dormía, enlazó con los bracitos el cuello de la madre, la cual retrocedió temiendo por el carmín de sus labios. Pero la niña la tranquilizó.

—No te beso.

Tenía ya el instinto de la mujer.

—¡Qué hermosa estás!—dijo.

La madre sonrió satisfecha.

—Pareces la Virgen.

Su manecita jugaba con el collar de la madre mirando arrebolada aquel seno, terso y blanco, que parecía que iba a escapársele por el descote.

Clarisa le besó la manecita con cariño, pero levemente.

—Hasta luego; duérmete, mi vida.

Pellizcó la mejilla del pequeñín y salió, dejando la alcoba impregnada del indispensable L'Or de Cotty.

La pequeña continuó con los ojos muy abiertos oliendo la mano que le quedaba impregnada de perfume y pasándose la otra por la tabla de su seno como si quisiera infiarlo para colgarse en él un collar y salir a lucirlo como su madre.

* * *

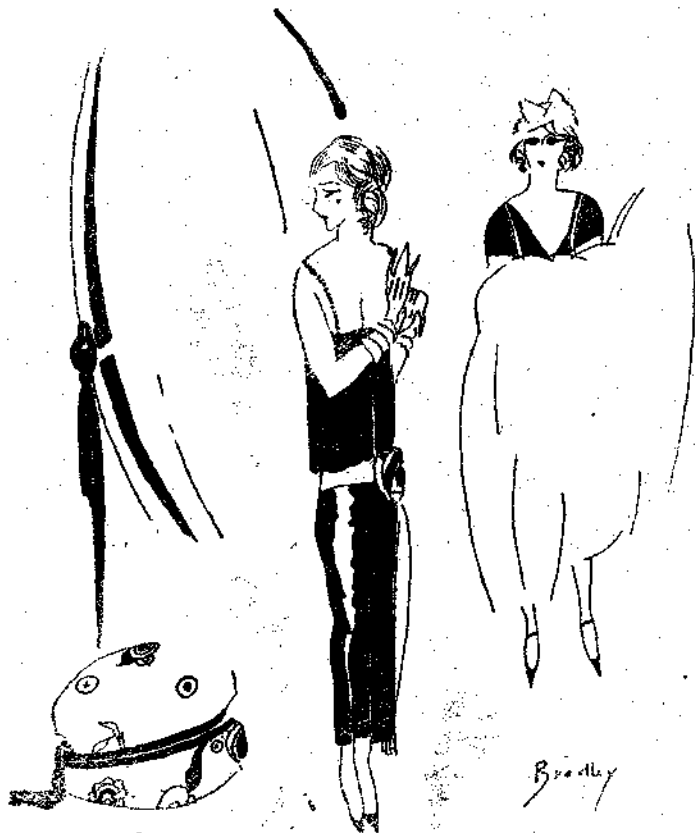
Antonio se sentía más tranquilo en la fiesta. Se había ido a engrosar el grapo de los que no bailan y aprovechan el tiempo para hablar de sus asuntos.

En realidad nada podía reprochársele a Clarisa por su deseo de asistir a aquel baile de sociedad donde estaban todas sus amigas. Había más mujeres casadas que solteras. Casi todas eran mayores que su esposa; hasta algunas tenían la coquetería de bailar con sus hijos, otras competían con sus hijas. Escuchaba comentarios a propósito de ellas.

—La de Pérez hace pasar a su amante por novio de su hija. Los únicos que lo ignoran son ésta y su padre.

—La de Martínez cambia de amante cada semana.

—La de Sánchez está maravillosa; no pasa de los treinta años. ¡Y todavía hay quien dice que el amor envejece!



—Los de Hernández viven todos a costa del amante de la mujer.

Por fortuna, de Clarisa nadie podía decir nada. Se había casado antes de abrir los ojos, como solían decirle; cuando apenas tenía los catorce años. Se podía decir que él había cogido, no la flor de la virginidad de aquel espíritu sino la yema, de donde iba a brotar esa flor.

Realmente no había brotado; la tronchó él antes.

Era pariente de su mujer. Hijo de un primo hermano del padre de ella. Pero los que luego fueron sus suegros le llamaban sobrino, y Clarisa lo consideraba como su primo.

Cuando la conoció tenía ella trece años. Llevaba la faldita corta, dejando ver las piernas y el incitante borde de una enagua blanca, bordada. Llevaba el hermoso cabello recogido en una gruesa trenza, que se amarraba en su mitad, dejando la otra mitad suelta sobre la espalda, y cortado en la parte delantera, a la altura de las cejas, cubriendo la frente con un flequillo que ella echaba hacia atrás con una sacudida de cabeza, provocativa, como las bailarinas que danzan el tango.

Como era delgadita y menudilla, no se habían dado cuenta de su desarrollo prematuro. Estaba muy redondeada, muy hecha, muy mujercita; fué él quien lo descubrió.

Sus tíos vivían en una quinta de la sierra, lejos de la ciudad. Clarisa allí era la niña, la hija de los amos, a la que nadie miraba como mujer. La madre, cuya salud delicada le impedía salir de la habitación durante todo el invierno, la dejaba corretear con las muchachas de su edad y con las criadas todo el día por el parque. No había tratado nunca a ningún hombre y con aquella inocencia, no exenta de malicia, porque las criadas y las amiguitas le habían contado cuanto podía saber, acogió al primo.

Desde el primer momento le pareció muy guapo. El era un hombre hecho, de once años más que ella, con un hermoso bigote y una lustrosa cabellera negra; muy alto y muy buen mozo.

Tanto ella como las otras chicas lo llamaban siempre para jugar.

Antonio era vicioso; había corrido mucho en la ciudad y la paz del campo excitaba sus recuerdos. Aprovechaba los juegos para pellizcar a las criaditas y a las amigas de su prima, aunque respetando a ésta.

La respetaba con un esfuerzo porque le encantaban las promesas que hacía en ella. Iba a ser una mujer diabólica con aquel modo de mirar y de reír.

Sobre todo, lo incitaba el verla andar. O corría o se mecía al moverse. Tenía una cadencia felina, incitante, un balanceo perezoso, lleno de casta voluptuosidad.

Pero al fin un día... Fué el día en que vió que la habían florecido los senos bajo la ligera blusa de batista blanca. Estaba bebiendo agua al caño de la fuente. La cogía con las dos manos puestas en forma de taza y el agua le caía por el pecho y mojaba la tela blanca de la blusa que se pegaba a la carne y dejaba adivinar todo. Se echó a reír al verlo, con la cabeza hacia atrás, enseñando la garganta, como si se ofreciera a sus besos.

Y él besó...

* * *

Los padres de la niña no sospechaban nada de sus juegos.

Eran todo juegos, juegos peligrosos, en los que la muchacha se iba corrompiendo, enviando, haciéndose inadaptable para un amor casto.



El casarse con la niña pervertida por él había sido el castigo a que no pudo huir. Lo condenó el consejo de familia, cuando se descubrió que los juegos pasaron a mayores y Clarisa estaba grávida.

Se encontró casado con una niña, una verdadera niña, que parecía que se le iba a morir del sarampión, que pasó a poco de casarse, como una colegiala.

A él no se le ocultaba, a pesar de los encantos de los primeros días, y de lo agradable que le resultaban las primeras sorpresas de la neófita, el peligro que le aguardaba en lo futuro.

Clarisa estaba en la edad en que es mayor el romanticismo que la sensualidad, y él atendía más a la sensualidad que al romanticismo.

Ella quería que el marido fuese el eterno trovador, que no menguara en su pasión, que a todas horas le hiciera versos y estuviera pendiente de sus caprichos. Cada repulsa de Antonio, brusco y voluntarioso, labraba en ella un rencor.

No le tenía cariño; era más que su marido su raptor. El hombre que se había presentado, el que ella no había elegido. Se sentía sujeta, esclavizada, pasando del dominio de sus padres al suyo, como la esclava que cambia de dueño. Dominar a la niña era ejercer una coacción peligrosísima para el marido.

Su embarazo estuvo lleno de caprichos, de miedos, de horros. La primera hija fué para Clarisa como una muñeca de carne, pero una muñeca enojosa, que le había hecho sufrir. Fué su madre la que tuvo que cuidar a la nietecita, de la que ella no hacía caso.

Clarisa substituyó las muñecas por las novelas. No se cuidaba del marido, ni de la casa, ni de los hijos, que llegaban sin saber cómo uno tras otro, y que la abuela iba criando.

La maternidad no era para Clarisa un placer; tenía una maternidad incompleta porque era prematura y hasta el sentimiento maternal tiene su fecha.

Los hijos la atormentaban; eran una enfermedad, unas muñecas costosas.

Y Antonio, que adivinaba el peligro, se complacía en el derivativo que presentaban las novelas. Le compraba cuantas quería. Clarisa, entretenida con ellas, no salía apenas de su casa, no trataba a nadie. Se la citaba como la esposa modelo.

Pero ella, en su soledad, vivía una vida intensa; amaba y sufría con las heroínas. Era con ellas a veces mística y virtuosa, a veces perversa y depravada. Vivía todas aquellas vidas, gozaba con todas aquellas ficciones. Era como si su vida real no hubiera de vivirla nunca.

* * *

Y de pronto había dejado los libros como si despertase del prolongado letargo.

Se encontraba en la fuerza de la vida, joven, llena de salud, de plenitud, entre los cinco hijos que no se habían llevado nada de su espíritu ni de su frescura.

Aquella transformación la había sufrido al nacer la segunda niña, su Mimí, que era rubia y blanca como una estatuita crisilefantina.

Eran aquella niña y Adolfo los verdaderos hijos, los que despertaban la ternura maternal, los que debían ser los primeros.

Se lo había dicho así un día a su marido, en tono de reproche, añadiendo un enérgico e incomprensible:

—Yo no quiero tener más hijos.

Escandalizaba a la familia y a las buenas amigas burguesas con las teorías disolventes sobre la *dolencia maternal*.

Ninguna mujer que amase a su marido sostendría como ella que la fidelidad que hace nacer todos los hijos de una sola mujer, con perjuicio de su vida, era una cosa abominable.

Era como si hasta entonces no hubiera tenido conciencia de sí misma. Entonces comenzaba a sentir toda la fuerza de su juventud. Se le revelaba su belleza.

Comenzó a vestirse con lujo y salir, a tener amigas; a querer asistir a todas las fiestas. La inquietud de Antonio se calmaba, sin embargo, viendo la indiferencia para todos los hombres, su conducta seria, lejana a toda coquetería.

Era como si brutalizada en sus comienzos de vida sexual le repugnaran ya todos los machos.

Y llegó el día en que también rechazó de un modo inapelable a su marido.

Se había decidido a libértarse de toda tiranía masculina.

—No quiero tener más hijos.

Y a toda súplica o seguridad contestaba siempre:

—¡De ninguna manera!

Era como si hubiese llegado la fecha de la naturaleza para ella amar. Sentía como si recobrase su virginidad, con todos los deseos vagos y la imagen imprecisa del amor.

Su mirada se hacía casta; olvidaba todo lo que en lo pasado hubiera podido macularla, como si al ser de un hombre por amor, hubieran de revelársele sensaciones nuevas e insospechadas.

La noche de la boda estaba lejana; sentía, sin darse cuenta, la necesidad de cambiar de hombre. Experimentaba una repugnancia invencible por el marido, que la raptó, que sorprendió su inocencia, que no había sido el elegido:

Lo seguía encontrando guapo, con el patrón de belleza que les gusta a las mujeres vulgares, a las que seduce el buen mozo, ternejal y fachendoso. Tal vez si llegara ahora lo amaría. Lo detestaba como una venganza de que se hubiera precipitado tanto. De haberla hecho suya por sorpresa.

* * *

Antonio, en cambio, la amaba más. El, materialista y sensual, la encontraba ahora más mujer, más apetitosa que cuando era la chicuela en agraz, toda huegecillos y espíritu curioso.

No se resignaba a perderla y no sabía usar para con ella de su autoridad de marido sin provocar un escándalo. Estaba seguro de que no lo amaba y si tenía a la separación era sólo por el miedo de perder a los dos hijos pequeños.

Pero en cambio estaba convencido de que no amaba a nadie. La veía danzar siempre entregada al placer del baile, como niña que salta a la comba, sin flirt ni coquetismo, sin permitir una confianza ni mostrar una predilección.

La disculpaba. Realmente era muy joven y no había gozado de todo aquello. La danza era una fiebre, una locura, producida por algún microbio contagioso, que obligaba a danzar.

Había algo en el ambiente que producía en todas las mujeres la inquietud de los que trabajan en las minas de azogue para incitarlas a moverse.

Era algo como la picadura de la tarántula, que obliga a bailar al atacado, como si padeciera el mal de San Víctor.

Aquello lo creía él una peste que había desarrollado la guerra. Una humanidad que no espera nada en la otra vida, quería aprovechar los días en esta. Frente a la muerte había surgido la danza. El ruido de los Jaz-Band y el vértigo del baile distraía de los graves problemas y del espectáculo de todo un mundo que se hundía. Las creencias, vacilantes ante el nuevo orden de cosas, escapaban de sus temores en brazos de la danza. Era la danza la suprema filosofía. La sociedad danzante daba el aspecto de los prisioneros de la Convención francesa danzando sus gavotas al pie del cadalso.

En todas partes había bailes, se daban lecciones de danzas, no había restaurante donde no se bailara. Discu'paba a su mujer arrastrada en la rueda y el torbellino, lleno de miedo a que las críticas se cebaran en ella como en las otras.

Pero él no oía los comentarios que podían interesarle. Las amigas envidiosas decían ya:

—Parece mentira, con cinco hijos y echándola de niña.

—¡Y el caso que hace del marido!

—Eso era de esperar.

—Ni que estuvieran locos los padres para casarla tan joven.

—El marido parece ahora su padre.

—Ese es el mal de buscar mujeres tan jóvenes. Cuando ellas comienzan, ellos acaban.

Otras comentaban:

—No sé cómo Antonio deja a su mujer vestirse con ese descote.

—Y ese lujo.

—Está toda pintada.

—¡Pobre Antonio!

Y sonreían con su malévola piedad, con sus labios pintados, sin pensar en sus descotes ni en el ridículo de sus maridos, al que sólo escapaban los que tenían la suerte de que sus esposas fuesen lo bastante insignificantes para no llamar la atención.

* * *

Se encontró manos a boca con Paquito San Juan que salía del bufete, apoyado en el brazo de un joven pálido, de grandes ojos melancólicos y cabello negro. La presentación era obligatoria.

—Serafín Martínez.

—¡Serafín Martínez!

Se le escapó aquel grito del alma, faltando al protocolo de la presentación. Era el autor de "Tragedias Ignoradas", el novelista favorito, en cuyas heroínas había encarnado tantas veces. Aquel hombre conocía su alma y había adivinado sus sentimientos. Muchas veces, a sus solas, pensó en escribirle toda su admiración y subrayarle los aciertos de psicología en que había descubierto, para ella misma, la razón de algunas de sus impresiones. No lo había hecho por el temor que le inspiraba el superhombre. Ahora lo veía, desconcertada, delante de ella. No era como se lo había imaginado. Era un joven elegante, con ojos pardos y cabellera castaña. Muy interesante con su palidez y su expresión de cansancio que debía adquirir buceando en las almas tristes, atormentadas o ruines que retrataba.

El debía estar ya acostumbrado a aquellas admiraciones, porque apenas dió importancia a las frases calurosas con que Clarisa disculpaba su emoción.

Ella le habló con elogio de sus novelas sin que el escritor se entusiasmara. Sólo cuando le citó personajes, páginas enteras, detalles de fina observación que no apreciaba el vulgo, fué cuando él la miró y la sonrió por primera vez.

Luego como si le pareciera ya con suficiente interés para servirle de investigación, comenzó a preguntarle frivolidades, sobre sus preferencias de danzas y modas. Clarisa se sintió ofendida en sus pretensiones de mayor espiritualidad.

—No sé...—contestó—. Todo cuanto es bello, me gusta... perfumes, colores... flores, el campo, la ciudad, el mar... Lo amo todo y no sé decir lo que prefiero... Sólo los libros son los que lo superan todo... porque todo está en ellos.

—¿Y qué libros le gustan a usted más?

Ella hubiera respondido:

—Los de usted

Pero herida por la indiferencia de Serafín, repuso con coquetería:

—A un escritor no se le puede responder a esa pregunta con sinceridad. Si prefiriera los suyos parecería adulación y si prefiriese otros grosería. Tendría que decirle que "La Divina Comedia" y el "Quijote" y no quiero mentir.

—¿Hay libros que usted prefiere a esos?

—¡Ya lo creo! "Pablo y Virginia", "Werther"...

Confusa al ver la sonrisa de Serafín, añadió:

—Tocan un vals. ¿Baila usted?

—Jamás... Comprendo a aquel emperador romano que degradó a un senador por haber bailado.

—Entonces, ¿por qué viene usted al baile?

—Para admirar la belleza de las mujeres, que nunca luce más que en esos movimientos del baile, parodia...

Se detuvo.

—¿De qué?

—No debo decirselo a usted, pero piénselo usted misma... Esas parejas que se enlazan es como si se poseyesen...

—¿Qué horror!

—Ya sabía yo que la disgustaría mi franqueza.

—No es eso... sino lo exagerado de su apreciación.

—El baile es voluptuosidad. No le quepa dada.

—Es que yo soy aficionada al baile, con locura... y jamás pensé en nada... en nada...

—Lo chreó... No lo pensó usted... pero lo sintió... Seguramente si fuese usted feliz en su casa no amaría tanto el baile.

Ella enrojeció sin saber qué contestar.

Pepito San Juan, que había estado conversando con unas señoras, se acercó a ella.

—¿Quiere usted que bailemos esto, Clarisa?

Ella tuvo un movimiento de rubor, fué a decir que no, pero la costumbre la dominó y haciendo una señal de despedida a Serafín, se dejó arrastrar en el torbellino de la danza.

Por primera vez sentía el calor de la mano de su pareja sobre su cintura desnuda, y la impresión del aliento cálido sobre su hombro. El rostro de San Juan estaba cerca de su rostro, sus senos se aplastaban sobre su brazo, sentía rozar su carne contra el cuerpo de aquel hombre... y la música los transportaba de allí, tenían alas, volaban, se mecían como si pisar la tierra. Un viente-cillo, producido por el movimiento de todas las parejas, refrescaba su espalda descubierta, pasaban sonrisas, ojos brillantes, suspiros, frases entrecortadas, discretos. Un deseo latente de amar... ¡La parodia!

Quiso detenerse antes de acabar la vuelta para que Serafín Martínez no la



viese así; pero el novelista, vuelto de espaldas, no se ocupaba para nada de ella. Hablaba con una rubia cuyos senos color ámbar lucían en el enorme desquite del traje de gasa azul. Sintió una rabia y unos celos absurdos y pareció abandonarse más en los brazos de su compañero, que, enardecido, hundía los dedos en la carne de su espalda y la apretaba contra su cuerpo, respirando su aliento. Era la vez primera que ella sentía la voluptuosidad en el baile.

II

Concha Martínez estaba sentada sobre una mesilla ratonera, de incrustaciones de concha y metal, envuelta en su kimono, con las piernas cruzadas, la melena corta y el cigarrillo en la boca; tenía todo el tipo de un muchachuelo.

Frente a ella, hundido en la gran butaca americana, Serafín sorbía su te a pequeños sorbos

—Se está bien a tu lado, primita—dijo el novelista—. Se goza del encanto de estar cerca de una mujercita preciosa, que no sabe que es preciosa... ni qué zás que es mujer.

—¿No te gustan las mujeres?

—Las adoro... no hay nada más bello en el mundo.

—Pero como no te casas ni tienes novia...

—La he tenido y estuve a punto de casarme.

—¿Y después de ese amor no eres capaz de tener otro!... La cantinela romántica de la que no me fío—dijo ella ahuecando la voz.

—Tarapoco es eso.

—¿Entonces?

—Si te lo confieso te pareceré vanidoso... pero... ¿sabes lo que me falta para enamorarme? Encontrar una mujer que no me quiera...

—¿Acaso te quieren todas?

—Por lo menos no he encontrado dificultad en las que me gustaban... y en muchas que no me gustaban. Pero eso no me hace vanidoso. Seguramente algunas ni siquiera saben el color de mis ojos. Las seduce el novelista, el totero, el pintor... Hubiera sido capaz de enamorarme de algunas si en vez de demostrarme interés me hubiesen tratado a puntapiés.

—Siento que pienses así.

—¿Por temor de que me enamore de ti?

—Estoy bien segura de que no. Yo no amo más que al Arte.

—Pues no lo mimes tampoco demasiado, que al fin es masculino.

—¡Ah!—dijo ella—. El Arte es el amante que más atormenta. Yo le he consagrado mi vida sin lograr de él una sonrisa.

Todo el estudio estaba lleno de estatuas, de bustos, de esbozos. La joven se los señaló tristemente.

—¿Ves?... Hay algunas cosas discretas. Es a lo más que he llegado. Lo concibo y no logro realizarlo. Es desesperante.

Sacudió los cabellos cortados en melena y con un gesto de pilluelo tomó de la cigarrera perfumada un nuevo cigarrillo que encendió en la colilla del que acababa de fumar.

—Pero al menos el Arte me ha librado de enamorarme de nadie—concluyó ella, como para consolarse.

Se levantó. Estaba vestida con un gran blusón blanco, de manga larga, abotonadas a la muñeca.

Retiró el paño húmedo que cubría un trozo de barro y comenzó a trabajar.

Serafín miraba su cuerpo de efobo, su cabellera cortada y su rostro de líneas puras, pensando que era una nueva desgracia para la joven el conservar cerrado el corazón, condenado a una austera virginidad, por pasar la vida haciendo aquellas tentativas de un arte débil y fracasado.

—¿Y tu última conquista?—preguntó ella de pronto.

—¿Qué conquista?

—Clarisa.

Serafín se puso serio.

—Ya son varias personas las que me dan esa broma—dijo—. Es abominable que se juegue así, caprichosamente, con el nombre de una señora casada.

—Pues, hijo, ella tiene la culpa. Lo ve todo el mundo. No habla más que de ti... Busca todas las ocasiones de encontrarse contigo. Cuando entra en una reunión, lo primero que pregunta es si vas a ir tú. Mira a la puerta sin cesar, esperándote; y cuando te ve, tiembla, enrojece...

—Sin duda porque la han tenido bromas y cree que se fijan en ella. Esto me hace alejarme de su lado hasta con grosería.

—¿No te gusta?

—Es linda... inteligente... tiene un temperamento interesante... Pero no me he fijado en ella.

—Pues ella te adora. No piensa más que en ti, y me han asegurado personas que tienen motivos de saberlo a ciencia cierta que tiene las guerras civiles con el marido. Creo que acabarán separándose.

—Estoy seguro que no será por mí. Clarisa sufre una crisis lógica en las mujeres que se casan demasiado niñas. Su marido está en el caso de los que comen fruta verde: tiene que aguantar la indigestión.

—Pues mira... Aquí la tenemos. Acaba de entrar en la casa.

Serafín se quedó desconcertado, y se puso de pie como dispuesto a escapar antes de que llegara la visita, pero Clarisa estaba ya allí.

Al ver a Serafín la joven se bamboleó, como si sufriese un mareo; se quedó pálida, hasta el punto de dejarse caer en el sofá sin articular palabra.

Los ojos de Concha bailaban, maliciosos. Se conocía que ella había tramado aquella emboscada.

—¿Te sientes mal?—preguntó.

—Cansada... el calor... el corazón...

—Serénate... Voy a buscar mi frasquito de sales. Serafín, cuida de ella para que no se quede sola.... Es un momento.

Cogió por el tallo a la pequeña Mimí, que permanecía agarrada a las faldas de su madre, la levantó en alto, como una muñequita, y salió corriendo con ella.

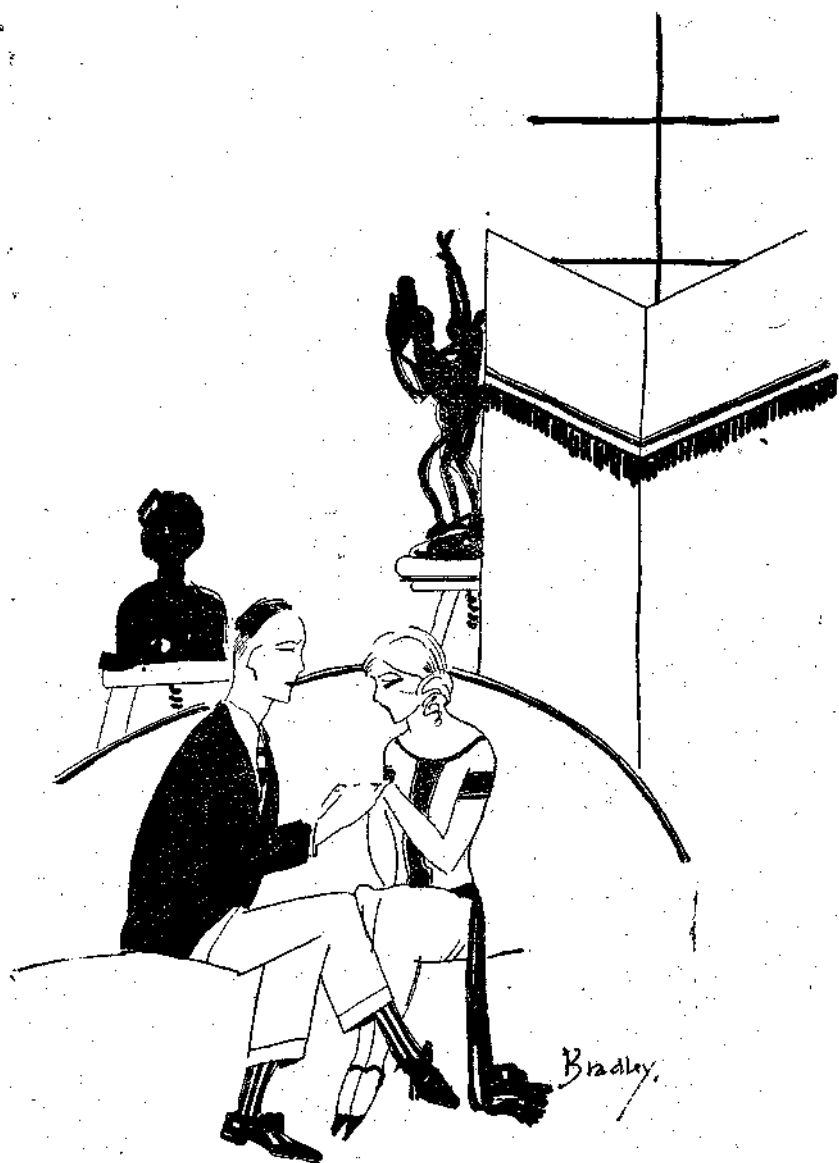
El escritor estaba cogido en la red. No se podía despedir. Permaneció de pie, silencioso. Clarisa no se movía. Estaba tan pálida, tan débil, tan enflaquecida, tan distinta del día en que él la vio por la primera vez, que tuvo lástima de ella.

—¿Está usted mejor? ¿Desea algo?—le preguntó con una voz que quería parecer indiferente y vibraba de tierna piedad.

—Sí... esto pasa... son vértigos que me suelen acometer. ¿Si tuviese usted la bondad de ayudarme a quitarme el abrigo y el sombrero?

Dudando si aquello era una inocente coquetería, se acercó de mala gana. Sentíase dominado por una piedad infinita hacia aquella niña, cuya vida le parecía troncada, marchita antes de desarrollarse. Le ayudó a quitar las agujas del sombrero y el abrigo. Parecía una niña, con el cabello revuelto a los lados del rostro y el cuello, el seno y los brazos desnudos.

Ella lo miraba con sus grandes ojos verde-mar, como si implorase. Él se sentía seducido por aquella pasión poderosa; le agradaba sentirse amado por una mujer tan bonita. Los dos querían decirse algo y los dos callaban.



Bradley

—¡Sufro tanto!—murmuró al fin ella.

—¿Por qué?—preguntó él casi involuntariamente.

—¡No tengo nadie que me comprenda!

Aquella frase, que Serafín había oído tantas veces en mujeres vulgares, caprichosas, cansadas de su hogar, tenía ahora un valor nuevo, un acento doloroso de sinceridad.

—Confíesese usted conmigo—le dijo, sentándose a su lado y cogiéndole una manecita fría que acarició entre las suyas.

Ella habló. Su casa era una cárcel, al lado del marido que le exigía caricias, sin cuidarse para nada de su pobre alma. Había abusado de ella, de su inocencia de niña inexperta.

—¿Y sus hijos?

—¡Pobres hijos! Ellos satisfacen nuestro deseo de proteger y de amar. Pero ¡y el de ser protegidas y comprendidas?

Serafín la oía con creciente interés.

—Es un error pensar que el cariño maternal excluye el amor—continuó ella—. Usted ha dicho esto en una de sus novelas y ha dicho también que los hijos no deben intervenir en el amor de los padres, que a ellos no les importa...

—Sí...—balbuceó él—, yo he escrito eso... pero en realidad, en nuestra sociedad, el honor de las madres es el de los hijos y...

—Pero cuando se ama, todos los deberes, todas las leyes sociales, la vida toda, no significan nada frente al amor. Es más fuerte que todo. Padres, hijos, Dios...

Se transfiguraba en la confesión de su amor naciente, voluptuoso; sus ojos verde-mar tenían como un oleaje, como cuando las ondas cabrillean al sol. Sin duda era la luz de los ojos de Serafín la que se reflejaba allá en su fondo.

El le oprimía las manos y las estrechaba contra su pecho sin darse cuenta de lo que hacía.

Ella seguía hablando con la voz baja, cálida. El matrimonio, los hijos, todo aquello no era el amor. Había estado adormecida tanto tiempo. Sentía en su corazón un vacío inmenso, vivía una vida falsa, estúpidamente resignada. Presentía el amor... y lo había encontrado. Un tormento y una alegría indecibles se mezclaban en su alma. Se consagraba al amado por cima de todo.

Se ofrendaba como una nueva pureza rechazando al marido. Tenían escenas terribles de rabia, de despecho, de celos. Hasta había llegado a golpearla... Ella no toleraba la unión sin amor. Lo había aprendido en las novelas de Serafín. Tal vez su esposo la mataría... ¿Qué importaba?

—Sólo quería una hora del amor verdadero que no he conocido jamás.

Suspiró las últimas palabras como si hablase consigo misma, y pasó los brazos alrededor del cuello de Serafín. El la estrechó y sus bocas se encontraron en un beso hambriento.

Se le entregaba toda entera, plena, llena de belleza. No era la rosa—perfume y espíritu—que se deshojaba en los brazos; era la camelia de carne espléndida, que caía como las camelias, desprendiéndose en redondo de su tallo. En plena lozanía.

Una especie de bola que vino a chocar con ellos, los volvió a la realidad. Mimi llegaba encendida, corriendo, presa de esa excitación nerviosa de los niños que quieren esconderse y que no los encuentren.

Concha apareció detrás de ella con su sonrisa maliciosa. Al ver la turbación y el desorden de los dos, pensó que no habían llegado demasiado pronto.

Si alguna duda podía abrigar, se desvaneció al ver como Serafín al ayudarla a ponerse el abrigo a Clarisa, parecía abrazarla, con esa tierna piedad de los vencedores hacia los débiles. Era como si le agradeciese, en su ternura muda, la felicidad que le había otorgado.

El despertar de la mujer en Clarisa había sido de una violencia inusitada. No era la mujer, que al llegar a la fecha en que debe amar, se da con toda su integridad y su inocencia. Era la mujer gastada, prematuramente marchita, para la que la pasión iba acompañada de una excitación cerebral, voluptuosa, enveniciada e insaciable.

Su amor por Serafín tenía como reverso el odio que le inspiraba Antonio. Su marido se le aparecía como un tutor enojoso que coartase su libertad.

Lo odiaba por aquella fragancia que le había robado, para no poder ofrendársela al que amaba.

Toda su vida se cifraba en Serafín. Le exigía que le escribiese, enamorada de las bellas frases del novelista; y se pasaba el día escribiéndole también largas cartas, con todos los delirios que le sugería su pasión.

El marido la sorprendía escribiendo, escondiendo los papeles, rompiéndolos en menudos pedazos, cuando él quería apoderarse de ellos.

—Son pensamientos míos que quiero conservar y que me ruboriza que nadie vea—decía para disculparse.

—Creo que no irás a escribir tus Memorias—le decía él zumbón y desconfiado.

—¿Por qué no?

Y aquella disputa servía de pie para impacientarse, insultarse, y tener escandalosas escenas de lágrimas y hasta de golpes.

Clarisa se negaba obstinadamente a ser la mujer de su marido. Su salud quebrantada, el temor a tener más hijos, eran los pretextos para huir de él.

Antonio se obstinaba en perseguirla, sin emplear ninguna galantería, encastillado en su derecho, que Clarisa se negaba a reconocer.

Eran frecuentes los escándalos, las riñas, las voces, el lloro. Antonio, excitado, llegaba a querer violentar a su mujer; y del intento de las caricias rechazadas, pasaba a los insultos y a los golpes.

Más de una noche habían tenido que acudir los criados a los gritos de socorro de Clarisa. Los niños iban asustados al lado de la madre. Aunque apenas se ocupaba de ellos, la querían más que al padre. Ejercía sobre sus hijos esa atracción de las madres jóvenes y bonitas, cuya gracia sienten los niños como una caricia.

Ante ellos la madre era la víctima. Era a ella a la que veían llorando, con el cabello suelto, a veces llena de arañazos y de cardenales, y todo su inocente amor se reconcentraba en ella.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Sus voces desgarradas y sus llantos atronaban toda la casa y trascendían a la vecindad. La rodeaban, subiéndose en su falda, besándola en el rostro, en los cabellos, en las manos...

Y Antonio se iba a vergonzado, confuso de pasar ante la vecindad y ante sus propios hijos como una especie de verdugo de su mujer. Nadie lo disculpaba.

—¿Para qué se ha casado con una mujer tan joven?—compadecían.

—Es una pena, una chiquilla y cargada de hijos.

Pensaba a veces si la vida sexual de su mujer estaría acabada y él debía respetar su repugnancia; pero sabía que precisamente en aquella edad comenzaba la vida pasional de las mujeres.

—Las muchachitas son poco sensuales—le decía su experiencia—. Por eso los

viejos aman a las adolescentes y los jóvenes a las mujeres de más edad. ¿Para qué haría yo la locura de casarme con esta niña?

Sentía la indigestión de la fruta verde.

En el fondo se culpaba de no haberse cuidado jamás del espíritu de su mujer. Era una fatalidad, pero él no tenía paciencia para eso.

—Una mujer honesta—se decía—es ella la que tiene la obligación de estudiar al marido.

Y en medio de aquel infierno, de la casa revuelta, de las continuas pendencias, del descuido y el desorden, en el que las criadas hacían lo que querían, y nadie se cuidaba de los niños, Clarisa era dichosa con la embriaguez de su amor.

Se había hecho su novela de mujer martirizada, que tiene la recompensa de un gran amor puro—porque ella creía puro aquel amor quemante y voluptuoso—y la vivía, saltando capítulos, para no ver más que su ensueño.

Serafín no la amaba. Experimentaba una especie de rencor contra su prima Concha por haber protegido los amores de su amiga. Pero se dejaba arrastrar, sin fuerzas para oponerse a la pasión de la joven.

Eran un continuo compromiso aquellas citas audaces para verse, burlando la vigilancia del marido.

Pero sin embargo, en el fondo, sentía un placer en las emociones que le proporcionaba.

Llegaba hasta el sacrilegio de darle citas en las iglesias. El iba allí a verla, a cambiar sus cartas, arrodillándose cerca de Clarisa u ofreciéndole el agua bendita. Tenía algo de aterrador aquella resonancia de sus pasos en el silencio del templo, repercutiendo en las altas bóvedas. Todos los devotos, adormilados en el frescor húmedo de las naves, parecían despertarse para mirarlo. Creía a veces que las imágenes lo miraban también. Era allí donde más le hacía temblar de deseo la mirada clara, acuosa, de Clarisa y el roce de sus manos.

En aquellas otras citas peligrosas, cuando ella se escapaba para ir a su cuarto de soltero, llegaba siempre asustada, temblante, como si fuesen persiguiéndola.

El tenía la sensación de ver aparecer al marido detrás de ella y vislumbraba la tragedia y la sensación de miedo borraba su entusiasmo.

Clarisa se echaba en sus brazos, y entre sus besos apasionados le hacía las confidencias de su fidelidad, casi increíble.

La desesperaba que Serafín no se lo agradeciera bantante y hasta que le aconsejara.

—Finge un poco y cede a tu marido.

—¿Es posible que tú me digas eso?

—Para evitar que un día, sin que esté yo a tu lado para defenderte, puedas darte un golpe o...

—¡No sigas!... ¡No sigas!... ¡Tú no me quieres!... ¡Me suicidaré!

Tenía que hacer un derroche de pasión para calmarla, a fuerza de caricias.

—El cuerpo no tiene importancia, si se conserva la pureza del alma—le decía.

Pero ella no entendía de razones. Alma y cuerpo eran inseparables en su pasión. Quería verlo celoso, intransigente como ella era.

—Quiero dejar a mi marido, a mis hijos... quedarme para siempre aquí—solía decir cuando llegaba el momento de separarse.

Serafín tenía que convencerla de la situación que el delito de adulterio le crearía.

—No me importa nada más que tú.

—Pero es que nos separarían a la fuerza—le decía como argumento supremo para decidirla a marcharse.

Serafín procuraba evitar aquellas citas, sin encontrar el medio. Un día que le dijo que estaba indispuerto, apareció decidida a no separarse de él a fin de cuidarlo.

Llegaba a violentas escenas de celos.

—Tú no me amas... Me engañas... Te crees libre de compromiso conmigo... Si fuera una niña perversa, respetarías mi corazón... ¡pero una mujer casada y con hijos! ¿qué derecho tiene? El de matarse...

Si él no insistía, con la esperanza del rompimiento, ella montaba en cólera: —¡No te reirás impunemente de mí... ¡No te burlarás!... ¡Se lo contaré todo a mi marido para que nos mate!

A veces le decía con la resignación más grande:

—Después de todo, pase lo que pase, te bendeciré siempre porque tú me has hecho conocer la felicidad.

Y a renglón seguido estallaba su cólera, de manera que tiraba los *bibelots* que encontraba a mano, se arrancaba los cabellos y se desgarraba las ropas en una crisis de furor nervioso.

Existían en ella todos los matices. Tenía momentos de una dulzura encantadora, cuando se sentaba a su lado para leerle o recitarle al oído alguna de las páginas de pasión que él había escrito, en esa especie de desdoble de todos los grandes escritores, y que había ya olvidado.

Recitaba con la cabeza echada hacia atrás, los ojos entornados, las manos blancas y bien modeladas, con las uñas brillantes y rosadas, como si cada una fuese una flor, caídas sobre el vestido como muertas. No accionaba. Sus labios rojos y carnosos se movían como si en vez de hablar besaran. Su garganta blanca resaltaba del pequeño descote en corazón que usaba desde que era su amante, con el ansia de pureza que la poseía.

Y al recitar, por los párpados medio cerrados se escapaba su mirada verde y ensoledada que se clavaba en Serafín.

El se sentía preso por aquella histérica que lo hacía vibrar y lo iba acosando a las sensaciones fuertes y a los contrastes inesperados de su pasión poderosa.

—¿Cómo vendrá hoy?—se preguntaba mientras la esperaba.

Porque cada día Clarisa se le aparecía nueva, con sus cambios constantes, imprevistos, insospechados.

IV

Y un día... cuando Serafín estaba ya vencido, enamorado, sujeto a su carro, Clarisa pensó:

—Es como si tuviera dos maridos.

Porque Serafín se volvía también celoso, intransigente, y sobre todo, porque comenzaba a perder el interés.

Las relaciones formales le aburrían.

Realmente no era bello. Más guapo era Antonio. Serafín, a pesar de ser más joven estaba avejentado, pálido, algo calvo ya.

—No me ha seducido el hombre—se decía para disculpar su sensación—, sino el escritor.

A medida que se había ido familiarizando con él, había ido perdiendo su prestigio de superhombre. El espíritu que la seducía en sus libros, no era el que tenía en la vida; no sostenía sus teorías, no eran verdaderas las ideas que la sedujeron.

—Valía más comprar sus libros y no verlo—se dijo.

Aquel amor comenzaba a pesarle. Sentía unas ganas locas de romperlo...

La enfermedad de Adolfo, que con sus dos años estaba crecido y "guapo como su padre", según decían sus amigas, y con unos "ojos como la madre" según hacían notar los amigos, le produjo una terrible emoción.

Era la primera vez que tenía un hijo grave y ese hijo era el último. El que debía ser el primero, como había pensado muchas veces.

Apasionada del niño parecía olvidarse de todo. Ella no sabía cuidarlo, ni tenerlo; se dormía a las horas que era preciso darle los medicamentos; pero no cesaba de llorar, de tocarle con el ansia de no sentir el ardor de la calentura, y de llamar al médico a la menor alteración.

—Es una madraza—decían todos, sin ver que continuaba siendo la niña.

No era el apasionamiento de la madre, consciente, era el voluntarioso apasionamiento de la chiquilla a quien le quieren quitar su muñeca predilecta.

Allí mismo, al lado de la cunita, brotaba otra pasión en su alma: el médico.

Sufría aquella influencia del médico, que tan gran preponderancia ha tomado con las mujeres, sobre todo desde que las cosumbres han alejado a los curas de los hogares.

La seducción de la confesión y de la intimidad era para el médico.

Sentía una voluptuosidad acre al leer en la mirada del doctor que el esfuerzo de salvar al niño era mayor por el estímulo del amor de la madre.

A veces, en las horas de peligro, sus manos se tocaban, sus miradas se confundían.

Cuando el niño se salvó, Clarisa rompió violentamente con Serafín.

Tuvo una excusa hipócrita.

—A Dios no se le puede engañar—dijo—, y no quiero que me castigue en mis hijos.

Su pasión por el doctor fué aún más tempestuosa y ardiente que la primera. El era casado y la esposa le infundía unos celos locos.

—No puedo soportar la idea de que al separarte de mí vas al lado de una mujer, que es tu mujer. ¡Yo no soy nada! Ella tiene todos los derechos, toda la consideración...

—Tú tienes mi cariño.

—Te necesito todo entero.

El le juraba que tenía para su mujer el mismo trato que ella para Antonio.

Peró un día una amiga le dió la noticia:

—¿Sabes? La esposa del doctor va a tener un segundo hijo.

Aquel amor estaba acabado; pero en el fondo de su espíritu seguía despertando el ansia de amores.

No era sólo la sensualidad lo que le arrastraba; era el deseo de halagos, de agasajos, de escuchar las loas a su belleza.

Era una mujer fracasada, que se había quedado niña, y niña tenía que continuar.

No valía la pena de volver a enredarse en aquellas relaciones peligrosas.

Lo bello del amor no era la continuidad. Ella no podía ya gustar la sencilla felicidad de la vida que se desliza dulcemente, sin luchas, en la mutua confianza de una sana pasión.

Su alma, como el paladar de los borrachos y los fumadores, era sólo capaz de sentir las emociones fuertes: el picante y el alcohol.

Experimentaba el encanto de los galanteos empeñados; provocando y resistiendo, hasta gozar la victoria de la caída. Porque en su caída no existía un verdadero vencimiento. Era una argucia en la cual sólo caía el hombre.

Cuando él se creía vencedor, ella lanzaba una carcajada cínica para alejarse a comenzar otro galanteo.

Se complacía en la mueca de asombro del hombre, tan poco acostumbrado a que lo abandonen.

Gozaba la impunidad de no poder ser perseguida, colocándose bajo la salvaguardia de su marido.

* * *

Antonio había acabado por acostumbrarse a lo que él creía coqueterías de su mujer sin importancia alguna.

Clarisa había dejado de resistirle, y después de la reconciliación vulgar que apagó su deseo, volvió a no ocuparse de ella.

Pero ni el uno ni la otra se preocupaban de los niños.

A Clarisa le estorbaban aquellos hijos grandullones, que tomaban por sus hermanos.

Los hijos la envejecían. Se olvidaba la fecha de su nacimiento; no tenía en cuenta que se casó niña; perdía una parte del encanto que ella cifraba en su juventud, al lado de aquellos tagarotes.

Sobre todo la niña mayor. Bebé era una mujer hecha y derecha. Mucho más mujer que su madre. Había crecido extraordinariamente para sus trece años, y había engruesado demasiado. Su seno naciente era más opulento que el de la madre.

De ojos rasgados y negros como gotas de tinta fresca, con la boca grande, de dientes blancos, la mirada viva, la carcajada pronta y las mejillas zafarís, Bebé eclipsaba a su madre, que parecía marchita cerca de ella, con su belleza débil y delicada.

Se aproximaba el día de sacarla del colegio. Era imposible presentarla con las faldas cortas enseñando las largas piernas rollizas; y como tampoco podría tenerla escondida en la casa, tendría que aparecer al lado de la hija, convertida inocentemente en su rival.

Ante la idea del peligro próximo su deseo de divertirse se centuplicaba. Tenía que aprovechar la estancia de los hijos en el colegio y el alejamiento de Antonio.

—Necesito vivir mi vida—se decía.

Adoptaba aquella frase moderna con todas sus consecuencias. *Vivir su vida*, significaba tomar y agotar la mayor parte de placer posible.

Vivir su vida, era no sacrificarse por nadie, no tener ninguna abnegación, ningún respeto con tal de defender su derecho al goce.

Vivir su vida, era atropellar todas las pasiones nobles, todo el derecho de los otros, arrollar por todo, sin más fin que su placer y su egoísmo antepuesto a todo.

Su feroz egoísmo de niña, en aquella infantilidad completa en que la dejó su matrimonio, como si fuese aplicable al espíritu lo que el vulgo atribuye al cuerpo de las mujeres que se casan; que se paraliza su crecimiento.

Por vivir su vida se entendía el derecho al goce sin consideración ninguna.



Su conducta llegaba a ser escandalosa. Se multiplicaban sus caprichos, crecía su fiebre de lujo, aumentaba su vanidad y su deseo de placeres y diversiones, avivando sus nervios con las fricciones de cocaína en la nariz y en los labios.

Tuvo amores de todas clases: ingenuos, cínicos, apasionados y trágicos. A veces estuvo a punto de provocar lances entre sus enamorados, o escándalos con las otras mujeres.

Comenzaba ya a sentir el cansancio, el agotamiento.

Aquella emoción de las primeras caídas había desaparecido ya, con la fuerza de la costumbre. Se daba sin amor, sin rubor, sin fe; pero el hábito, más arraigado cada vez, la hacía aferrarse a su vida pasional y voluptuosa, sin pasión y sin voluptuosidad. Iba como arrastrada por aquella perversión de la niña, que le había hecho considerar la sexualidad como el único fin del matrimonio y de la vida.

V

Los golpecitos dados en la puerta de su cuarto la alarmaron; hacía ya mucho tiempo que su marido no la molestaba con sus visitas. Sintió un malestar cuando vió entrar a Antonio.

—¿Qué es lo que quieres?

El, casi sin mirarla, fué a sentarse en la butaca cerca de la cama.

—Hablarte de Clarita—respondió.

Antonio no daba a su hija mayor, el diminutivo de Bebé.

Clarisa se puso seria. La hija era para ella un problema. Desde que vino del colegio estaban en una situación molesta e inaguantable.

Ella evitaba llevarla en su compañía a las fiestas, pretextando que era demasiado niña para alternar, pero no podía evitar que la muchacha apareciese en las visitas y se mezclara en sus reuniones o la acompañase en sus paseos.

Los moscones zumbaban alrededor de la joven. A veces uno de sus antiguos admiradores la contemplaba como si buscase en ella el recuerdo de la madre; y más de un despechado pensaba en la dulce venganza de la conquista de la hija.

Clarisa sentía una sensación extraña. No era de celos de su hija, era de despecho y como de vergüenza de ver profanado en ella algo semejante a un último brote virginal que había quedado escondido en un repliegue de su espíritu.

Pero se sentía sin fuerza, sin autoridad para hacerla respetar.

Ella, con su aspecto de niña, parecía una madre de opereta.

A veces, cuando en la mesa los hijos se quejaban de las órdenes de Clarisa, el padre decía:

—Es necesario obedecer a la mamá.

Y los hijos se quedaban como un poco sorprendidos, mirando aquella muñequita, que no los había criado ni cuidado y quería tener autoridad de madre sobre ellos. No podían considerarla como a la abuelita, la madre de Clarisa, con sus cabellos blancos y su gesto reposado, que era, para ellos, la verdadera madre.

A veces apelaban ante la abuela de las arbitrariedades de Clarisa, que se sentía igualmente fracasada como madre, que lo había sido de esposa.

—¿Qué le sucede a Bebé?—preguntó sentándose en la cama.

—Ha ido a buscarme llorando...

—¿Por qué?

—Se queja de que la tienes encerrada, tratándola como una chiquilla.

— ¡Está bueno! ¿Pues qué es?

— Es una mujercita, Clarisa. Tú padeces una miopía respecto a tu hija, que suele ser frecuente en las madres. Continúan viéndolas siempre chiquitas, sin darse cuenta de que los años pasan y...

— ¡Sí... ya sé!... No me hables de años. Eres poco galante recordando que la vida se va de prisa.

— No es eso, Clarisa...

— ¡Me encorocas!... Pareces un trapense que equivocó la vocación. "¡Morir tenemos!"

— Si lo tomas así no vamos a entendernos.

— ¡Ah! ¡Es verdad! No me habías acabado de decir las quejas de tu hija. ¿Qué quiere la señorita? Estar en medio como un mingo, alternando en cosas impropias de su edad. ¿No es eso? Y como la madre se lo prohíbe, acude al papá a ver si pega.

— Eres exagerada, Clarisa; no digo yo que se le deban tolerar ciertas cosas, pero es evidente que la tratas demasiado en niña... Tú tenías su edad cuando ella nació.

El recuerdo pareció conmoverlo y miró a su mujer. La encontró más bella aún que en aquella época lejana ya. Pero había cambiado, era otra distinta.

Conservaba la línea delicada, esbelta, pura, de ojos serenos, con la mirada inocente y el aire infantil. Estaba hermosísima, aovillada en la cama, con su camisa de noche de encajes blancos, que se rozaban sobre su carne, y la cofia que sombreaba su rostro.

Le cogió la manecita terminada en cinco flores brillantes y rojas, que tenía un dulce calor.

Olvidaba los ratos amargos y las pendencias, disgustos y sinsabores que los habían ido separando.

— ¿Te acuerdas?—le preguntó.

Sí, ella se acordaba; se acordaba con rencor de la niña sorprendida en su juego, a la orilla de la fuente, mientras dejaba correr el agua por su seno, dolorido aun con el dolor del crecimiento. Quizás fué aquella caricia del agua la que la lanzó en sus brazos.

Retiró suavemente la mano, y esquivando la respuesta, preguntó a su vez:

— ¿Y qué es lo que quiere Bebé?

— Ella no sabe lo que quiere—respondió el marido un poco confuso—. Soy yo que no quiero verla sufrir.

La hija mayor era la predilecta del padre.

— Pues tú dirás...

— Quería pedirte consejo.

Fué ella entonces la que se desconcertó. ¡Consejos a ella! ¡Estaba tan acostumbrada a que a tratasen frívolamente, como una niña, que sintió miedo de que su marido la considerase ya en la categoría de las señoras juiciosas!

— ¡Si pudiera volver al colegio con Mimí!—propuso.

— ¡Qué locura!—exclamó Antonio—. Mimí tiene siete años menos que ella.

— Pero tú comprenderás que no se la puede dejar suelta en medio de la vida, sin estudiar, sin educarse.

— Naturalmente.

— Lo mejor sería mandarla un par de años a la quinta, con mi madre—propuso Clarisa—. Que la enseñara a ser una mujer de provecho.

— ¡A la quinta!

Antonio recordaba la quinta como un lugar de peligrosa voluptuosidad.

— La soledad del campo es más peligrosa para los adolescentes que las fiestas de las grandes ciudades—dijo.

Y añadió con ternura:

— Bien lo sabes.

Ora vez la molestaba con el recuerdo.

—Pues dispón tú—dijo bruscamente.

Dejóse caer en la almohada en una actitud llena de gracia, como segura de que sería ella quien dispondría, empleando ese medio.

—¿No sería mejor casarla?

Dió un salto Clarisa.

—¿Qué disparate!

—Está crecida, dearrollada, hecha una mujerona—siguió él—. Una hija es un peligro, y lo mejor...

—¿Pero no tiene novio!—atajó Clarisa.

—No será difícil encontrarlo. Es hermosa... sin pareértese por completo, tiene mucho de tú... No es necesario ser exigentes... Por lo general las mujeres son siempre desgraciadas.

Clarisa revolvió furiosa las ropas del lecho y se retorció como presa de un ataque epiléptico.

—¡No, no!... ¡Eso no es posible! ¡Mi Bebé, mi niña!

El trataba de calmarla. No le extrañaba, en el carácter vehemente de su mujer, aquella desesperación; lo que le sorprendía era el no haberse dado cuenta del gran amor que Clarisa profesaba a la hija.

—¿Pero habrá de casarse algún día!

—No digo que no... más adelante... No ahora... separarme así de ella...

Una criatura... Para sufrir... tener hijos...

—Es el destino de las mujeres.

—Pero cuando sea una mujer, cuando haya gozado su juventud... No como yo...

El tuvo la audacia de preguntarle:

—¿No has sido tú feliz?

Ella vaciló, y al fin, en voz baja, susurró lentamente:

—¡Noooo!

Pero al mismo tiempo echó los brazos al cuello de su marido, atrayéndolo hacia ella.

—No—repitió—porque tú no me has querido como yo a ti...

—¿Clarisa!

—Me has tratado como una niña mala... no me has comprendido...

Mimosa, hipócrita, dándose cuenta de que necesitaba evitar una alianza del padre con la hija, le pintaba un falso cuadro de su vida truncada con el matrimonio y la maternidad precoces; sin que él, al verla tan niña, le concediera beligerancia de esposa y la tratase como a su compañera, sino como a una criatura sin importancia, a la que mortificaba con su abandono y sus celos.

Antonio la oía, persuadiéndose de que tenía razón.

—¿Por qué no me has hablado así antes?—le preguntó.

—No me hubieras creído... Era demasiado niña... ¡Si nos hubiéramos conocido ahora, qué felices seríamos!

El no vió en aquellas paabras más que la promesa de voluptuosidad de la mujer hecha, la realización de las promesas incumplidas, en la niña.

La belleza de Clarisa era el mejor argumento para convencerlo y hacerle olvidar todo lo desagradable o enojoso que había sucedido entre ellos. Tenía la disculpa de sus pocos años.

—¿Cómo he podido estar tanto tiempo alejado de mi mujercita encantadora?—se preguntó en voz alta.

Ella lo rechazaba.

—¡Vete!...

Tuvo miedo, recordando como era dueña de sí cuando no quería dárselo.

—Perdóname, Clarisa—dijo—, yo no podía creer qué me amabas.

—¿Porque tú no me quieres!

—¡Te adoro!

Clarisa se daba cuenta de que era preciso atraérselo para dominarlo y vencer aquel conflicto. Ella no pensaba en la hija sino en su humillación, pasando de repente a ser suegra y abuela. Aquello se le aparecía como la muerte de su juventud, de su coquetería. Era el arrastre del matrimonio prematuro, el amor en agraz, la maternidad verde, la abuela incomprensible. Con aquellas uniones basadas en la sensualidad no se creaba el hogar.

—Perdóname—sollozaba Antonio dominado por la pasión.

* * *

Por la mañana, al desprenderse de los brazos de Clarisa que aún lo retenía enlazado sobre su seno, Antonio le dijo:

—Hoy mismo lo arreglaremos todo para enviar a la niña a la quinta

Su egoísmo, despierto por las caricias de su mujer, deseaba estar libre para gozar la inesperada luna de miel que nuevamente se le ofrecía. Los hijos del matrimonio precoz eran siempre sacrificados.

Pero, la hipocresía consigo mismo que le llevaba a creer en la virtud de su mujer, la disculpaba también en este caso. Era sin duda su amor de madre el que le hacía temer el casamiento prematuro para su Bebé

Le parecía lógico que tuviese miedo a que su hija afrontase los peligros de un matrimonio prematuro.

—Clarisa tiene razón—pensaba—. La fruta verde no es buena.

Le parecía que era entonces, en aquella reconciliación, cuando, madura ya la fruta, recogía toda su fragancia. Era entonces cuando celebraban su verdadero matrimonio.

* * *

Cuando se vió sola, Clarisa se estiró en el lecho, acomodándose bien, con una sensación de descanso, como si le causara placer el roce de la batista de las sábanas sobre su carne martirizada.

Dió un suspiro y cerró los hermosos ojos verde-mar, preparándose para dormir, con un gesto de niña cansada, en su despreocupación de todo cuidado.

Para ella no tenía importancia la casa ni los hijos, ni el marido ni nada. La preocupaba solo su vida pasional, su vanidad. La reconciliación con su marido era un nuevo triunfo sobre las envidiosas. La justificación de su retirada.

Se sentía ya cansada, sin ilusiones, pero no quería aparecer vencida.

—Es un fastidio—murmuró—. Pero era preciso. Todo, antes que resignarme a ser abuela a los veintiocho años.

Parvenir de 27 uros
Colombine

Alcoholato

Lo mejor para fricción

Alcoholera. — Carman, 10

Importante. La calvicie es una enfermedad del cabello, que se evita usando el agua **La Flor de Oro** por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello con su primitivo color. Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.—43. *Electra*.—53. *Doña Perfecta*.—58. *La loca de la casa*.—82. *Realidad*.—82. *La de San Quintín*.—88. *Sor Simona*.

Benavente.—9. *Todos somos unos*.—102. *La copa encantada*.—107. *El marido de su viuda*.—129. *Más fuerte que el amor*.—239. *La princesa Bebe*.—233. *El dragón de fuego*.—259. *La ciudad alegre y confiada*.—261. *La gata de Angora*.—233. *La losa de los sueños*.

Quintero.—66. *Doña Clarines*.—71. *El patio*.—75. *La escondida senda*.—88. *El niño prodigio*.—88. *Pepita Reyes*.—256. *El centenario*.—257. *La Zagaia*.—264. *El género infimo*.

Gulmorá.—113. *Maria Rosa*.—114. *Tierra bañada*.—136. *Agua que corre*.

Linares Alivas.—16. *El cardenal*.—39. *La cizaña*.—101. *Bodas de plata*.—241. *Cristóbalón*.—245. *Toninadas*.—250. *Flor de los Pozos*.—287. *Sangre roja*.—292. *La razón de la sinrazón*.—296. *Ahoranzas*.

Martínez Sierra.—29. *Primavera en otoño*.—80. *El ama de la casa*.

Tamayo y Saucó.—138. *Un drama anejo*.—209. *La bola de nieve*.—136. *Lances de honor*.—149. *La locura de amor*.—177. *Lo positivo*.—214. *Virginia*.

Cisneros.—6. *El Lobo*.—14. *Sobrevivencia*.—24. *El señor Feudal*.—38. *El crimen de ayer*.—60. *Demón*.—69. *Amor de artistas*.—77. *Aurora*.—82. *La cizaña*.—83. *Juan José*.

Castilla.—188. *El alcalde Ronquillo*.—150. *El Zapatero y el Rey*.—151. *Sancho García*.—149. *El bufal del Godo*.—171. *La mejor razón la capada*.—234. *El Zapatero y el Rey (1.ª parte)*.

Villaseca.—15. *El Rey señor*.—23. *Aban-Humeya*.—37. *Doña María de Padilla*.—65. *La locura de Castilla*.—217. *El Halcónero*.—221. *Al rincón de las Perlas*.—22. *La Guayonada*.

Benavente.—131. *San Pláncas se ha puesto el sol*.—122. *Doña María la Brava*.—121. *El relato de Agrelano*.—222. *Las hijas del Conde*.—145. *El Rey Novador*.

Ramos Carrión.—84. *El noveno medio-oculto*.—86. *La tempestad*.—95. *La Bruja*.—103. *La muerte del juicio*.—104. *El sigote rufio*.—126. *Los pensamientos del capitán Grant*.—179. *Mi cara mirada*.—123. *Los eschirritos*.—213. *La criatura*.—20. *La fisicóloga*.—271. *Agua, azucarillo y aguardiente*.

Ramos Carrión.—82. *Precedor*.—81. *La Rebotica*.—83. *Clonias anexas*.—89. *La Princesa*.—83. *Princesa y Coma*.—89. *Plácido Aguilar*.—84. *La sala de armas*.—157. *Las novecenas*.—157. *El cuarto de rodado*.—126. *El matrimonio infeliz*.—221. *Llovizna del cielo*.—197. *El señor casa*.—121. *El sombrero de copa*.—216. *Con la máscara a otra parte*.—121. *El viajador*.—210. *Precedor*.

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. *El señor gobernador*.—119. *Zaragüeta*.—183. *Robo en despeblado*.—161. *El patron municipal*.—116. *El oso muerto*.—132. *La ocasión la pintan calva*.—118. *El rey que rabió*.

Echegaray (Miguel).—44. *La viejecita*.—59. *Gigantes y cabezudos*.—76. *El día de la Africana*.—91. *La Rabalera*.—115. *Los demonios en el cuerpo*.—178. *La Credencial*.—163. *Los tringones*.—120. *Entre parientes*.—111. *El octavo, de mentir*.—303. *Juegos malabares*.—305. *Meterse a redentor*.—307. *La mouja de calza*.

Arrieches.—2. *La sobrina del cura*.—11. *La casa de Quirós*.—10. *Las estrellas*.—20. *Dolorata*.—41. *La señorita de Trévelez*.—43. *La gentuza*.—51. *La noche de Reyes*.—232. *La chica del gato*.—283. *La heroica Villa*.—285. *Es mi hombre*.—289. *La pobre niña*.—288. *Los caciques*.—288. *La hora mala*.—302. *¡Que viene mi marido!*

Arrieches-García Álvarez.—15. *Alma de Dios*.—17. *El pobre Vaibuenta*.—70. *El terrible Pérez*.—78. *El fresco de Goya*.—63. *El método Górriz*.—37. *El cuarteto Ponce*.—67. *Mi papá*.—134. *El pollo Tejada*.—128. *El perro chico*.—105. *Quinto mendu*.—122. *El príncipe Casio*.

García Álvarez-García Saucó.—3. *El verdugo de Sevilla*.—12. *Fécor XVI*.—34. *La fuente de Lafuente*.—61. *El último Bruto*.—86. *Los curules*.—Robinsons.—64. *Pastor y Borracho*.

Muñoz Saucó.—270. *La dianca de marquesas*.—273. *La verdad de la mentira*.—274. *Los pergaminos*.—276. *La razón de la locura*.—278. *La cartera del muerto*.—290. *El Condado de Mairena*.—141. *La barba de Curules*.—193. *Fantasma*.—288. *Los misterios de Laguardia*.—291. *El último pecado*.

Muñoz Saucó-Pérez Fernández.—267. *Pepi Condo*.—El mentir de las estrellas. —268. *La fórmula 3 K3*.—25. *Trampa y cartón*.—27. *López de Coria*.—187. *Los amigos del alma*.—254. *Un drama de Calderón*.—200. *Martingales*.—252. *Triancas*.—253. *La hora del reparto*.—255. *El parque de Sevilla*.

Pérez Saucó.—15. *El río de oro*.—40. *El gran tacaño*.—118. *La Divina Providencia*.—206. *Los perros de presa*.

Pérez Saucó-Pascual.—74. *La Corte de Farado*.—59. *La manía amorosa*.—41. *Padre Guandara*.—29. *La Generación*.—65. *Pepi Gallardo*.—103. *El Húsar de la Guardia*.—149. *Smadama Hará*.—203. *Centenario Naciona*.—194. *Cuadros desaparecidos*.—190. *La forma del sol*.—127. *La misteriosa de San Juan*.—141. *El río de oro*.—15. *El mentir de las estrellas*.—268. *El último pecado*.

COMEDIAS

1. Trasa de blancas.-3. El misterio.-4. Los sanchoes.-6. Las cacahitas.-7. El nombre que asessino
 8. La eterna victima.-26. Jimmy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Práserose.-38
 Ralices.-41. Mirandolina.-42. Como y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noviseros.-54. La fisona.-55
 Miquette y su mamá.-57. Los gacelos.-88. La cena de las burias.-100. Fraz riallers.-83. La
 Teaca.-108. La tia de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capit
 tolio.-129. El director general.-133. El loco del cielo.-134. Militares y pasasos.-135. Muerte
 verás.-139. Jarabo de pico.-140. Papa Lebonnard.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-145. El
 crimen de la calle de Leganes.-146. Lo que me de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La
 Chiflo.-154. El amor vela.-160. La señoría del almacen.-184. El Ladrón.-188. La pesca del mifón.
 187. El señor Duque.-189. El Gobernador de Jovequeta.-173. Jettatore.-180. Situaciones cómicas
 en el teatro español.-181. El tenor.-176. El primerorro.-179. La casa de los milagros.-184.
 El dacio.-182. Los amantes de Terasi.-188. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?
 203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregeriza es
 guapa.-209. Mister Beverley.-212. La dama de las camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización
 y las morenas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las virgenes de las-229.
 El soldado de San Marcial.-238. Judich.-239. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pachoca.-
 232. Envelos.-237. El pueste de antiques de baldomero Pages.-236. Don Gil de las Calzas
 verdes.-240. El arte de declamar.-242. Laza.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.
 245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio,
 secreta venganza.-264. Mi salvador.-269. La Tierra.-272. La República de la broma.-279. Ger-
 rineldo.-293. Los pollos bien.-299. La clave de soi.-300. Frutería de Frutos.-394. Que no lo sepa
 Fernando.-306. Alfonso XII, 13.-306. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la Sierra.-310. ¿Si fué
 don Juan andaluz?...-311. Margarita la Tanagra.-313. Constantino Pla.-315. Mi marido se aburre.
 316. El pobre Rico.-317. Larrea y Lamata.-318. La casa de la feria.-320. M. Ichor. Gaspar y Bal-
 tasar.-321. La Presidenta.-322. El caudal de los hijos.-323. El curato de Gallina.-325. La casa de
 Salud.-326. El madrigal de la cumbre.-327. Las mocedades del Cid.-328. El cerdo de Avilés.-329.
 La fiebre verde.-330. El hombre de las diez mujeres.-331. Alcalá de los Gandules.-332. Arseio
 Lupin.-333. La loca aventura.-334. Las superhembras.

TARZUELAS

f. Chasito la Sarritana.-22. Serafina la Rubiales.-46. La puerria de la guerra.-56. La masía
 de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranca.-74. El padre
 fado.-84. El padrino de El Nene.-85. La balsa de aceite.-93. El señor Joaquín.-107. Tonadillas
 españolas.-153. Cantadillas célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Reina.-
 163. Pancho Virondo.-195. La boda de Cayetana.-198. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El ni-
 do del príncipe.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres de comedias.-178. La suerte de Sanchi-
 niano.-184. La tragedia de Lavilla.-202. La canción del olvido.-205. El As.-204. La suerte persá-
 206. Tonadillas españolas (2.ª parte).-238. El Príncipe Carnaval.-235. Don Lucas del Cigarral.-
 236. La novelera.-262. Matias López.-265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.-)268.
 269. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte.-)274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª par-
 te.-)277. El chaleco blanco.-281. La Hoja de Parra.-280. El Avapiés.-294. Chiribitas.-295. Tonadi-
 llas y tonadilleras españolas (6.ª parte.-)297. La cartulina.-301. El corto de genio.-312. Arco Iris.
 314. El gran Bajá.-319. Lola Montes.-324. Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte.)

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA GORTA

FLIRT

REVISTA GALANTE

Sus interesantes e intencionados artículos, donde campea la gracia picante y el bello estilo, y sus notables dibujos a todo color, hacen de este popularísimo semanario una publicación verdaderamente excepcional.

FLIRT es la única Revista galante, que por el prestigio de laboradores artísticos y literarios, merece ser leída en I

Dirijase la correspondencia a PRENSA POPULAR.-Madrid, Calvo Asensio, 3. - Apr

SUSCRIPCION: MADRID, PROVINCIAS. Y AME RICA, SEMESTRE. 3 PSETAS.-AÑO. 15 PSETA.

SE PUBLICA LOS JUEVES

30 cts.

468